

# ARCHIVOS DE LA MEDICINA HOMEOPÁTICA.

PERIÓDICO QUINCENAL.

## TERAPÉUTICA.

### Del uso del Arsénico en las hemorragias

POR EL DR. IMBERT-GOURBEYRE.

Muy recientemente se ha hablado, en la Sociedad médica homeopática de Francia, del tratamiento de la menorragia por el arsénico. El Dr Jousset recuerda haberlo recomendado en esta afeccion; lo prescribe á la dosis de 4 gramos de la tercera trituracion, divididos en 48 papeles para tomarlos en el intervalo de las reglas; pocas veces lo usa durante el estilicidio. El Arsénico, de que se ha hablado mucho á propósito de la clorosis, le parece efectivamente indicado para esta afeccion y para la menorragia crónica; no lo cree tan apropiado á las menorragias próximas á la edad crítica.

Esta cuestion promovida en el seno de la Sociedad homeopática me provoca á exhibir todos los documentos que se refieren á ella. El arsénico, como antihemorrágico, es poco conocido hasta hoy, la escuela hahnemanniana ha descuidado verificar por la clínica los datos fisiológicos suministrados por el medicamento. El maestro habia señalado en su tratado de las enfermedades crónicas la menstruacion profusa y dolorosa; muchas observaciones interesantes han venido á confirmar las aseveraciones de Hahnemann y aún á completar su patogenesia. Segun la costumbre los alópatas son los que nos han aprontado los hechos y demostrado la ley de los semejantes.

El Dr. Ramsey, de Charleston, ha presentado la observacion de toda una familia envenenada por el arsénico; doce personas, entre las que se encontraba una muger que carecia de las reglas cinco meses habia, se las hizo volver en abundancia el veneno (*American Journal*, 1834).

Taylor cita, segun el Dr. Schweickhard, un caso mortal de envenenamiento en una mujer; las reglas, que habian cesado ocho dias ántes, volvieron súbitamente; los órganos de la generacion se encontraron inflamados (*Guy's hospital Reports*, 1837).

Tomás Hunt, en su tratado de las enfermedades de la piel (6.<sup>a</sup> edicion), dice haber medicinado una mujer con dermatosis por el cloruro de arsénico; bajo la influencia de este medicamento sobrevino una menorragia, que duró dos ó tres semanas, con sensibilidad y presion en la region pelviana, debilidad general y estilicidio casi continuo de sangre uterina.

Nadie duda que las observaciones ulteriores apoyarian este hecho con más amplias investigaciones; desde luego podemos decir que el arsénico es el medicamento más *hemorragigeno* que existe. En una memoria que he publicado sobre este agente en 1871 he dicho: las petequias ó los equimoses arsenicales no son más que una espresion de la diatesis hemorrágica tan marcada en los envenenamientos. Esta diatesis se revelaba durante la vida, no solamente por las petequias, sino tambien por las epístaxis, las hemorragias gengivales, los vómitos sanguinolentos, las diarreas de la misma naturaleza, las hematurias y aún las *metrorragias*; pero ella se jutifica mejor en la autopsia por los numerosos equimoses sobre todo el trayecto intestinal y por los que tan gráficamente presenta el corazon. Tambien se les encuentra en otras vísceras hasta en el tejido celular sub-cutánea, y profundo, sin hablar de los líquidos sanguinolentos, que habitualmente se recogen en el estómago y en las cavidades serosas. Yo no creo que exista una sustancia más hemorragigena que el arsénico. Con estos datos ya es fácil concluir *a priori* por su aplicacion en las menorragias.

Todavía vemos á la alopatía encargada de la comprobacion de este hecho clínico en el terreno de las dosis masivas: Locok, médico inglés, habia prescrito el arsénico á una señora para un padecimiento de la nariz; supo de ella que una menorragia, de que venia padeciendo, habia desaparecido bajo la influencia de este medicamento. (*Trans. med. chir.*, vol. XXIV).

El Dr. Henrique Hunt, tambien inglés, refiere un hecho análogo: una jóven, acometida de lepra en la rodilla y en el codo, fué tratada por el licor arsenical, tres gotas, tres veces al dia. A los tres meses no solo se vió curada de la lepra, sinó tambien de una menstruacion escesiva que se reproducia además en épocas muy aproximadas. El mismo cita otras tres observaciones notables bajo el punto de vista terapéutico. En la primera, se trata de una mujer menorragica de seis años de fecha, á consecuencia de un embarazo; en la segunda, de otra mujer en las mismas condiciones despues de dos años, tambien á consecuencia de embarazo, con leucorrea habitual; la tercera observacion corresponde á una señora de cuarenta y un año, que padecia desde tres ó cuatro ántes una menorragia con diarrea tenaz, curada por las píldoras de un vigésimo de grano de arsénico tomadas tres veces al dia; la señora de la segunda observacion habia sido sometida á la misma dosis; la primera habia tomado cuatro gotas de licor de Fowler tres veces al dia. (*Medico-chir. Review*, 1836).

Burus usa desde largo tiempo el arsénico contra la menorragia, la leucorrea, las hemorragias que preceden al aborto ó que siguen al parto, contra la abundancia escesiva de los loquios, etc.; él asegura que siempre le ha correspondido, aún en los casos más rebeldes. En las menorragias, si es llamado en los momentos del flujo, administra inmediatamente diez ó veinte gotas de la solucion de Fowler, segun la gravedad del caso, y en seguida hace tomar diez gotas de este líquido cada quince ó veinte minutos, hasta la cesacion total de la hemorragia. El médico americano quiere sin embargo que el arsénico sea empleado con prudencia, porque podria suspender totalmente la evacuacion menstrual. En la leucorrea administra tres á cinco gotas del licor de Fowler tres veces al dia; ha podido continuar este tratamiento un mes entero con éxito feliz sin causar accidentes. El arsénico en la inminencia del aborto, á la dosis de

veinte gotas la primera vez, diez todas las demás cada quince ó veinte minutos, detiene las contracciones y las hemorragias; tambien es eficaz en las hemorragias despues del parto. El autor lo usa igualmente en los loquios persistentes, sin poder esplicar la manera de obrar del medicamento; le considera sin embargo como un hemostático general y de una grande eficacia. (*American Journal*, oct. 1859).

Las dosis del Dr. Burus, diez gotas del licor de Fowler cada cuarto de hora hasta la cesacion de la hemorragia, me parecen escesivas y peligrosas; sin duda el estado del enfermo supone en general cierta tolerancia, pero ella no existe siempre. Con sus dosis vendria á tomar el paciente, en una ó muchas horas, muchos granos de arsénico. ¿A qué esponer los enfermos á un peligro posible y aún probable de un sério envenenamiento, cuando se puede curar con la misma seguridad bajando las dosis hasta un límite infratóxico, aun sin llegar á las dosis infinitesimales?

Cuando una leucorrea escesiva, dice Graves, alterna con reglas abundantes, la solucion de Fowler tomada interiormente en los intervalos del período, dá algunas veces buenos resultados. (*Clinique medicale*).

Tambien se encuentra en las obras del Doctor Isnard sobre el arsénico, la observacion de una pobre mujer, estenuada por una menorragia y sumida en una adinamia profunda, restablecida prontamente por un centígramo de arsénico cada dia. (*obs.* 66).

Todos estos hechos terapéuticos vienen á confirmar la ley de la similitud por la comparacion del arsénico *hemorragigeno* y del arsénico *hemorragifugo*. Este medicamento merece ser estudiado en la epistaxis, la hematemesis y sobre todo en la hemoptisis. Yo le he usado con buen éxito en una *púrpura hemorrágica* grave; ya Tomas Hunt le habia recomendado en la *púrpura simple* rebelde. (*Del Art. medical*).

P. R. trad.

## EXPERIMENTOS FÍSICOS

**muy importantes sobre la eficacia de las dosis infinitesimales.**

ART. 2.º—V. P. 3.

El Dr. Roberts encontró: que las soluciones muy débiles de los carbonatos alcalinos disolvían muy rápidamente los cálculos del ácido úrico, mientras las más concentradas eran del todo ineficaces. Conan. *Ensayo de una terapéutica positiva* pág. 6.

Hemos llamado la atención de nuestros lectores en el artículo anterior con los ensayos de metaloterapia, que se están practicando en el hospital de la salitrería de París por distinguidos profesores alópatas; con los resultados terminantes, que tan pasmosamente ofrecen; y con las conclusiones, que aquellos experimentadores se han visto obligados á aceptar, tan directamente favorables á la acción manifiesta de las dosis mínimas, ya sean de electricidad, ó ya de una sustancia metálica. Las deducciones de nuestro distinguido colega el Dr. Jousset, de París, fijan esta influencia curativa más en los átomos imperceptibles de los metales aplicados, que en las corrientes eléctricas puestas en juego y que son siempre de una misma naturaleza; pero como algun lector suspicaz pudiera rechazarlas, aunque no fuera más que por su sospechosa procedencia y por considerarlas más significativas y favorables á nuestro objeto, creemos más conducente darlas la flagrante confirmación que adquieren con otros experimentos, y con las consideraciones que se desprenden de otros hechos de su misma índole, obtenidos ya tiempo hace, por otro alópata, el Dr. Davaine, con la inoculación de la sangre de buey corrompida; hechos y experimentos presentados á la Academia de medicina de París, en donde causaron la sorpresa y la consternación consiguientes á las inexorables enseñanzas de la experiencia, cuando son contrarias á los intereses de la pasión y de la mala fé.

Estos resultados, obtenidos por el Dr. Davaine y comprobados además por otros profesores ante la ilustre Corporación médica de Francia, se recuerdan inevitablemente cuando se agita la cuestión de las dosis infinitesimales de la homeopatía y se trae á la memoria la terca é implacable oposición de muchos alópatas, que se abroquelan todavía con la repugnancia, que suscitan siempre, entre las

mayorías nécias y rutinarias, la acción de las cantidades imponderables de materia, la eficacia de tan diminutos átomos ó, como ellos dicen, ridiculizándola: la potencia de esa *nada medicinal*, de esa *mistificación* tan ilusoria. Por tanto no nos cansaremos de llamar á todos los médicos de buena fé, en cuyo espíritu arda el sagrado amor de la verdad, para que asistan á la comprobación de las hermosas y benéficas verdades, que la homeopatía enseña, recordándoles de paso: que así como Colón llevó al terreno de las comprobaciones materiales, ideas y aseveraciones, que parecían absurdas en su tiempo, por más que el filósofo griego Filolaus y el navegante portugués Perestrello las denunciaron anteriormente con más ó menos precisión; del mismo modo Hahnemann tiene la gloria de haber dado consistencia permanente al dogma fundamental de los semejantes, á pesar del alejamiento y repugnancia con que venía condenado desde los remotos tiempos del ilustre médico griego, que lo consignó.

También la tiene, y muy grande, con haber elevado á principio básico de la materia médica la experimentación fisiológica de las sustancias medicinales, prevenida inútilmente por tantos pensadores anteriores, y con haber establecido la dinamización y fructífera utilización de algunos remedios, cuya eficacia poderosa y benéfica en sus atenuaciones infinitesimas, es tan útil en casos y situaciones determinadas, aunque estas ideas flotarán vagamente en la atmósfera, que se venía respirando de tiempo inmemorial en las etapas de la medicina. *Minima vel quantumvis minima, in conspectu medicorum optima sunt*, se venía enseñando como un axioma, y esto mismo es lo que proclama tan difícil y laboriosamente la combatida homeopatía.

Así que, á vosotros, oh médicos amantes de las enseñanzas de la experiencia y que estais dispuestos á rendir culto á los adelantos que las mismas entrañan, á vosotros nos dirigimos para rogaros en nombre de la humanidad doliente depongais esa prevención sañuda y apasionada, que tanto os descamina, y prestéis vuestro concurso, aunque sea uraño y suspicaz, al aprendizaje de la ciencia humanitaria y consoladora, que propagamos; aceptad el principio básico, que la misma establece, y que ya reconocen muchos de vuestros más acreditados maestros, acatad sus teoremas inofensivos y bienhechores, estudiad y experimentad. Obrando así, os subordinareis

á los deberes que os imponen vuestra conciencia y vuestro ministerio; entrareis en el número de los cultivadores de la verdad, alejándoos del campo de las pasiones aviesas y egoistas, y un día bendecireis á ese nuevo Hipócrates, por cuyo intermedio la divinidad nos ha revelado tan incomprensibles misterios; no os arredre ni la extrañeza y magnitud de sus adelantos, ni el descrédito de vuestros compañeros: «Cuando se trata del arte que salva la vida y promueve la salud de los hombres, descuidar el aprender es un crimen.» Vengamos ahora á los experimentos de la sangre de buey corrompida:

«Se ha dicho que muchos años hace, M. Davaine comunicó á la Academia de medicina de París un conjunto de experiencias en demostración: de que la sangre del buey corrompida conservaba sus propiedades inoculables, y mataba los conejos á dosis enteramente comparables á las que emplea la homeopatía. [Así M. Davaine mezclaba una gota de sangre corrompida á cien gotas de agua, y obtenía una primera dilución inoculable; una gota de esta mezcla extendida en ciento de agua constituía una segunda dilución igualmente inoculable; este experimentador proseguía así sus divisiones por 100, y llegaba á la 5.<sup>a</sup> ó 6.<sup>a</sup> dilución todavía inoculable y mortal. Estas experiencias fueron repetidas, en particular por Béhier, y las encontró exactas.»

«La Academia se conmovió altamente con semejantes resultados. Al instante ocurrió á todos el pensamiento de las dosis infinitesimales de la homeopatía; algunos venerables exclamaron con asombro: *¡Pero esto es la homeopatía!* Por el mágico poder del odio y de las preocupaciones la cuestión fué soterrada; la experimentación, habitualmente tan ruidosa y tan significativa por sus resultados, fué condenada á un prudente silencio, que nosotros llamaremos vergonzoso y degradante, y no se volvió á hablar más de la inoculación á la 6.<sup>a</sup> dilución.»

«Sin embargo, la Academia apremiada por las circunstancias había arriesgado una explicación para disimular su retraimiento. Esta divisibilidad excesiva del líquido inoculable y la conservación de su actividad después de tantas diluciones, las explicaba artificiosamente por la multiplicación extremadamente rápida de las bacterias, agentes activos de la enfermedad contagiosa. Se dió completo asentimiento á esto porque así se deseaba, y la Academia se durmió y duerme todavía sobre

tan frágil explicación. Nosotros, sin embargo, le gritamos, desde aquel momento, que las bacterias no eran sino un producto de la putrefacción, enteramente inútil para la propagación de las enfermedades; esta advertencia fué vana, la Academia no podía menos que confesar la acción de las dosis infinitesimales, porque la hipótesis de las bacterias era un recurso completamente ilusorio, al que se agarraba, como lo hace un ahogado, á un clavo ardiendo. Hagamos ver ahora que las experimentaciones de M. Bert vienen á privarla de este frágil y engañoso apoyo.»

«M. Bert ha demostrado (véase el número de marzo del *Art Medical*) que la sangre carbunclosa privada de sus bacterias por la acción del oxígeno concentrado ó por el alcohol, quedaba perfectamente inoculable y propagaba la enfermedad carbunclosa; que la sangre de los animales así contagiados era también inoculable indefinidamente, aunque estuviera privada absolutamente de bacterias.»

«Puesto que está demostrado que las bacterias no son nada en la propiedad inoculable de la sangre contagiosa, la explicación dada por la Academia no puede aceptarse y su deber está en darnos otra, á no querer mejor admitir que un agente puede ser atenuado hasta la 6.<sup>a</sup> dilución centesimal y producir, sin embargo, todos sus efectos; ó, en otros términos, *reconocer*: que los homeópatas han tenido razón en atenerse á los resultados suministrados por la experimentación y la observación clínica, á pesar de la apariencia extraordinaria de los hechos que ellos han comprobado después de mucho tiempo y que establecen la acción cierta de las dosis infinitesimales.»

«Es preciso, pues, repetir una vez más á nuestros contemporáneos que, en las ciencias de observación, como la medicina, los hechos bien comprobados tienen una autoridad á la que es imposible escapar, que es vergonzoso subordinar sus creencias científicas á las preocupaciones ó á las pasiones mezquinas, y que el encarnizamiento que emplean en combatir la terapéutica experimental no contribuye ni al bien de los enfermos, ni al progreso de la ciencia, ni á su gloria personal.»

P. R.

## Investigaciones históricas sobre la uroscopia antigua,

POR EL DR. IMBERT GOURBEYRE.

El exámen de las orinas en las enfermedades data desde los primeros tiempos de la medicina. Hipócrates nos ha dejado respecto á ellas en sus *Aforismos* un hermoso monumento de semeiología, y desde el anciano de Cos, la importancia de esta parte de la semeiología no ha cesado de reconocerse. La prueba se encuentra en los numerosos tratados especiales, que han aparecido sobre la materia, especialmente entre los árabes, los médicos de la edad media y los del renacimiento. Toda la tradicion se ha ocupado de las orinas, y cosa notable, la cuestión está muy distante de agotarse. Siempre es una mina fecunda que provoca nuevas exploraciones y promete amplias riquezas.

«*In urinis*, decia Galeno, *semper illud meminisse juvat inspiciendas esse eas in omnibus etiam ventris, thoracis, pulmonum, nervorumque morbis*» (epid., I. 6).— Todavía decia más: «*Talis, ac tanta vis quidem est eorum quæ sunt in urinis signorum per febres auctas, ut illi soli credatur*» opinión que, segun Zimmermann, inspira entusiasmo. Zacutus Lusitanus ha sostenido esta tesis: *quod urina præstantius signum sit quam pulsus*, tesis frecuentemente combatida y sostenida. Willis decia que la inspeccion de las orinas debía servir de brújula á los médicos; nuestros más grandes semeiólogos, Prospero Alpino, Lommius, Boerhaave y Gruner han sido fieles sobre este punto á las tradiciones hipocrático-galénicas.

Seguramente, no es solo en nuestros dias en los que la uroscopia ha tomado tan grande desarrollo, gracias al uso habitual del calor, de los reactivos químicos y del microscopio, que sea preciso sostener la importancia de esta rama de la semeiología. Zimmermann decia, á fines del siglo último: «Los signos generales de las enfermedades, de sus crisis, de su solucion, tienen todos alguna cosa de verdaderamente indeterminado en su significacion. La respiracion es la que ofrece más seguridad; pero este signo no está á nuestra disposicion en todas las enfermedades, como tal. El pulso es un signo ménos seguro, y lo tenemos á nuestro alcance en casi todas las dolencias. La orina es el ménos seguro y no puede servirnos sinó en muy pocos casos.» Si Zimmermann hubiese vivido cincuenta años despues, habria modificado seguramente su opinion en presencia de las conquistas modernas de la auscultacion, la percusion y la uroscopia.

Sería hoy un absurdo sostener la preferencia de tal ó cual parte de la semeiología. Nada absoluto se puede decir sobre esto; todo es útil en diagnóstico y en pronóstico; bajo este concepto el médico no debe descuidar nada, haciendo una llamada rigurosa á todos los síntomas; pero al mismo tiempo debe conformarse siempre con el espíritu de este axioma tradicional: *in morbis non attenditur signum unum, sed omnia expendantur*.

Con todo es permitido afirmar la importancia relativa de la uroscopia moderna; no puedo dejar de sentir que la uroscopia antigua sea casi totalmente abandonada en nuestros dias; hoy nos limitamos al uso del calor, del análisis química y algunas veces del microscopio en algunas enfermedades, como el mal de

Bright y la diabetes; se dejan á un lado, en la mayor parte de los casos, los signos suministrados por la inspeccion de las orinas, tales como los antiguos los deducian de su coloracion, de su transparencia, de su turbacion, de sus nubes y de sus sedimentos; yo querria que la observacion moderna volviese á adoptar y verificase más directamente la uroscopia hipocrática. Nadie duda que los aforismos del divino anciano serian confirmados en casi todos sus pormenores, y que los médicos sacarian provecho no solo de los signos diagnósticos, sino tambien de los pronósticos, cosa hoy demasiado descuidada. Dehaën habia estudiado durante dos años la semeiología urinaria de Hipócrates y decia: «*Affirmamus, quæ Hippocrates de urinis habeat, eorum pleraque nos verissima esse stupentes sæpe observare*».

Pero al lado de esta uroscopia legitima y tradicional, ha caminado siempre la uromancia. Nada es más curioso que recorrer esta página perteneciente á la historia de las aberraciones del espíritu humano; ella retrata como otras muchas el charlatanismo, la ignorancia ó el pseudo saber abusando de la credulidad. En el fondo, la uromancia no es más que el abuso de la uroscopia: ella es tan vieja como el mundo y no concluirá probablemente sino con él. En la edad media fué donde tuvo su más grande desarrollo: la uroscopia, dice Sprengel, fué llevada hasta el charlatanismo por los Árabes y aún por el mismo Rhazes; sin embargo este último recomendaba al médico no afectase los modismos del charlatan, y que no examinase nunca las orinas más que en la cámara del enfermo. Se cuenta que Isa-abou-Koreish hizo una brillante fortuna por haber predicho, por la inspeccion de la orina de la favorita del califa Almodhi, que ella estaba en cinta y que daría á luz un infante; lo que se verificó.

Los urománticos tenian la pretension de adivinar, de predecir y de tratar todas las enfermedades por la simple inspeccion de las orinas; entre los adeptos figuraban como tradicionalmente los curanderos, los hechiceros, las viejas, los charlatanes, etc. Un médico del renacimiento hace la siguiente enumeracion: «*Agyrtæ, circulatores, monachi apostatæ, perfidi et christianis infesti judæi, indoctique parochiarum sacrificoli, chymistæ, nebulones, anus fatidice*» (Joh. Lanquius.)

Tambien la uromancia habia invadido el santuario: ella tenia sus panegiristas oficiales; ¿quién no conoce el cuadro de la mujer *hydrópica* de Gerardo Döwe?— *Juniorum medicorum ædes*, decia Baillou, *ægrotantium totiis veluti inaugurantur; nam et ab iis frequentibus quorundam domus celebrior esse capit.... ad eam insaniam accedunt inconfulti pharmacopæi*.— Tal era la infatuacion que el gran Fernel tenia, que á pesar de combatir en sus obras la uromancia, cedia, sin embargo, en la práctica á la presion universal y se hacia traer las orinas como los demás. La uromancia fué prohibida por Tomás Fyens, Hércules Sassonia y Capivacci. Clement Clementinus, médico romano, fué uno de los primeros que se sublevó contra ella, y fué seguido por Emerich, Seidel, Scribonius y Johannes Langius; es menester citar ante todos á Foresto, que escribió un célebre tratado para combatir sus errores. Paracelso habia declamado contra la uroscopia ordinaria; pero la uromancia química salió de su escuela; los médicos de esta época, que se ocuparon de tratar las enfermedades segun la inspeccion de las orinas, fueron llamados *orinadores*.

La uromancia se había hecho vulgar en los tiempos de Valescus de Gordon y de Baillon; no existía ya en Francia, escribía Primorose en el siglo XVII, pero ella vivía todavía entre los Alemanes, se sabe que en la corte de los príncipes de Alemania, el primer médico estaba obligado á examinar cada mañana la orina del soberano, y sin embargo, en el mismo siglo, el colegio de los médicos de Lóndres, así como el pequeño senado de la República de Nuremberg, proscribían la uromancia. ¿Pero qué podía la autoridad científica, ni tampoco el pequeño brazo secular del consejo municipal de Nuremberg contra semejante error?

Boerhaave en su tiempo se sublevaba todavía contra los profetas urinarios. Algunas veces he visto, decía Zimmermann, mirar las orinas los ignorantes con un aire tan grave, tan preocupado, que nunca hubiera podido creer hubiese embusteros de tal calaña sino lo hubiese presenciado. (*Tratado de la experiencia*). Sesenta años hace que el autor del artículo *Uromancia* del Diccionario de ciencias médicas lanzaba también anatemas contra algunos urománticos autorizados de la capital, sorprendiéndole su existencia en nuestro adelantado siglo. Es preciso haya heregías y charlatanes también. La especie es inacabable y he aquí por que habrá siempre urománticos.

(Se continuará.)

## CLINICA.

### 1.º Hematuria grave.—Curacion.

D. Francisco C... de 67 años de edad, temperamento nervioso, y constitucion algo depauperada, padeció hace diez años una hepatitis de carácter agudo, habiendo gozado desde entonces de una salud regular, aquejándole únicamente de tanto en tanto una afeccion hemorroidal, que le molestaba bastante. De oficio tejedor y muy aficionado al café, era hombre que hubiese pasado alegre la vida á no haberle sobrevenido disgustos de familia, que influyeron de un modo notable en el decaimiento de sus fuerzas. A estas causas de malestar moral y físico, vino á agregarse hace unos ocho ó nueve meses un padecimiento que, ténue al principio, debía más tarde tomar un gran incremento, hasta el extremo de poner en grave peligro su existencia. Apareció como de improviso y sin síntomas precursores una pequeña hemorragia por la uretra, hemorragia que se verificaba sin esfuerzo de ninguna clase y en poca cantidad. El apetito continuaba, sin embargo, siendo regular y el enfermo, que no hacia caso de esta pérdida de sangre, proseguía en sus quehaceres ordinarios, hasta que, poquito á poco, fué creciendo el flujo y con él debilitándose más y más el paciente, llegando al extremo de poner en alarma á él y á toda su familia. Fué entonces cuando se decidió á consultar con un médico (era á últimos de agosto del año actual) y no encontrando alivio despues de algunos dias, sino por el contrario, empeorando cada vez más; fué llamado el que suscribe, habiendo visto por vez primera al enfermo el 11 de setiembre. Encontréle en decúbito supino: con postracion general, piel decolorada; pulso pequeño, deprimido, de 90 á 94 pulsaciones por minuto; calor anormal, mas bien disminuida; labios enju-

tos; sequedad de boca sin gran sed; lengua algo espúrea; acidez de estómago y restriccion de vientre: la respiracion era bastante libre y las demás funciones se desempeñaban con regularidad, excepto las del aparato urinario, asiento de la dolencia.

Examinando con detenimiento al enfermo y tratando de averiguar si la hemorragia que se presentaba á la vista (hemorragia de sangre negra, en parte disuelta, coagulada en parte, y en cantidad que en aquellos momentos bien podía fijarse en un litro ó litro y medio diarios) era esencial ó sintomática; no pude descubrir de momento como causa otra que el estado hemorroidal que algunas veces habia hecho sufrir al paciente. Ningun dolor existia en la region lumbar ni en el hipogastrio, y únicamente lo experimentaba cuando algun coágulo venia á obstruir el conducto de la uretra, impidiendo la salida de la sangre que continuamente iba fluyendo, ya gota á gota, ya en cantidad más ó ménos grande.

Con este cuadro de síntomas, y no pudiendo apreciar en ninguno de los órganos del aparato urinario lesion anatómica que me explicara de una manera razonable la existencia de tal entidad morbosa, me decidí por un tratamiento que se dirigiera contra la afeccion hemorroidal y las malas consecuencias del café, de cuya sustancia habia en extremo abusado el enfermo. En este concepto, pues, le prescribí la *Nux v.* y el *Sulphur*, por la mañana el uno y por la tarde el otro, medicamentos que tomó por espacio de tres dias sin cambio notable en la afeccion principal, aunque con algun alivio por lo que correspondia á la enfermedad gástrica. El enfermo y la familia seguian aterrorizados al ver que no disminuía la hemorragia y empezaban ya á desconfiar de la eficacia de la medicacion homeopática. Era preciso por otra parte atajar un flujo que ponía en grave riesgo la vida de aquel y buscar por lo tanto un medicamento que, basado en la ley de similitud, fuese capaz de satisfacer mi *desideratum*. Bajo este supuesto me pareció no deber titubear y le administré *Hamam virg.*, tercera dil. 3 gotas en 120 gramos de agua, para tomar una cucharada cada dos horas. Al dia siguiente, 16, la sangre habia disminuido en cantidad, aunque conservaba los mismos caracteres. Dejéle por consiguiente el mismo medicamento. Siguió la mejoría en los dias 17, 18 y 19, empezando ya á fluir á intervalos mayor ó menor cantidad de orina mezclada con alguna mucosidad. El dia 20 volvió á reproducirse la hemorragia con toda su fuerza y vigor. Se administró al enfermo una toma de *Sulphur* como intercurrente y se le dispuso una cucharada cada dos horas, alternada de una solucion de *Terebentina* y otra de *Hamam* 3.ª. Desde este momento cambió de faz la enfermedad: una mejoría notable y duradera se presentó de nuevo, mejoría que, si bien parecia ceder alguna que otra vez á la rebeldía de la enfermedad, prosiguió, sin embargo, hasta lograrse la completa curacion del enfermo, con la única condicion de ir disminuyendo el número de dosis. Así es que el paciente pudo salir de casa el primero de noviembre, habiendo ya cesado muchos dias ántes la hemorragia y sin que haya vuelto á reaparecer hasta la hora presente. Actualmente el enfermo se encuentra bastante bien habiendo casi desaparecido la dispepsia y restriccion de vientre á beneficio de la *Nux. vóm.* y el *Graphit.*, tomadas la primera ántes la comida y despues de ella el segundo.

Ahora bien: ¿hemos tenido que combatir aquí una hematuria procedente de la vejiga, de los uretros ó de los riñones mismos? ¿Ha podido influir más ó ménos en su desarrollo el estado hemorroidal del paciente?

Respecto al primer punto hay que recordar que la hemorragia era más de carácter pasivo que activo, y que la sangre fluía últimamente en gran cantidad. Si agregamos á esto que el enfermo nunca experimentó dolor en la region hipogástrica y que por otra parte la *Terebintina* nos ha obrado aquí con mucha rapidez y eficacia, podemos casi inclinarnos á fijar como sitio principal de la dolencia los riñones y tal vez los mismos corpúsculos de Malpigio, sobre los cuales parece obrar más directamente aquella sustancia. Viene á apoyar esta opinion la circunstancia de no haberse descubierto albúmina en la orina más que cuando iba mezclada con sangre.

En cuanto al segundo extremo no es aventurado suponer que realmente pudo haber influido, pues conocida es la correlacion que existe entre la congestion de las venas hemorroidales y la de las del aparato urinario, especialmente de la vejiga.

J. T.

## 2.º Catarro crónico nasal grave.

Una Sra. de unos cincuenta años, de buena constitucion, contrajo un catarro que fué tratado alopáticamente por espacio de dos años, con constante agravacion de la enfermedad. En vista de esto fué llamado el Dr. Friese de Harrisburg, (era en el mes de Mayo de 1875) que la encontró en el deplorable estado siguiente: La nariz estaba completamente ulcerada, extendiéndose la ulceracion por la garganta en cuanto podia verse, y por la parte anterior interesaba el paladar, cuyos huesos estaban en gran parte esfoliados. La enferma no podia comer más que un poco de fécula á causa del insoportable dolor que le producía el acto de la deglucion. Estaba muy demacrada, con alguna fiebre seguida de sudor por la noche. Todo el síndrome indicaba la gravedad de la afeccion. Como habia sido tratada con varios medicamentos, incluso mercurio, se creyó conveniente comenzar el tratamiento con *Hepar sulph* 3.º, prohibiendo al mismo tiempo toda aplicacion tópica. Pronto principió la mejoría, que continuó con regularidad hasta fin de año en que estaba casi buena. Podía ya comer cualquier cosa, recobró las carnes, fué curada la ulceracion y cesó la secrecion de la mucosidad que por largo tiempo se habia segregado en gran abundancia, siendo de un color verdoso y de desagradable olor. El citado Dr. atribuyó esta curacion tanto á la no aplicacion de tópicos como al *Hepar sulph*. No hay duda que *Hepar* antidotó los medicamentos allopáticos y que es un específico en semejantes casos, pero no es probable que se hubiese curado manteniéndose la irritacion local sostenida por el tratamiento tópico. Cree con fundamento que ningun catarro ú ozena puede curarse con tratamiento local, por cuanto las mucosas necesitan no participar de ninguna influencia irritativa. Hasta el agua pura es nociva para la mucosa nasal. (Del *The Hahnemannian Monthly*.)

S. A. trad.

## 3.º Gastralgia.

La revista homeopática alemana (*Hirschel's Zeitschrift*) refiere el caso de una gastralgia rebelde á todo tratamiento, que fué curada casi repentinamente por el *Cyclamen Europeum* á la 12.ª dilucion. Los síntomas más característicos de esta gastralgia consistian en que el dolor solo aparecia por la noche, y no era muy agudo sino roedor, y tan molesto que obligaba al enfermo á levantarse de la cama y pasear por el cuarto. Segun parece desapareció completamente á los tres dias del uso de este medicamento.

S. A. trad.

## VARIEDADES.

**OBRAS PUBLICADAS POR HAHNEMANN.**— Aunque no es la primera vez que se dan á conocer los inmensos trabajos literario-científicos concebidos por el profundo ingenio de Hahnemann y publicados durante su vida, creemos complacer á nuestros lectores insertando el estenso catálogo de dichas obras, que debemos agradecer á la amistad de uno de los más acreditados profesores homeópatas de esta ciudad.

*Disertatio inauguralis medica; conspectus affectuum spasmodicorum ætiologicus et therapeuticus.* Erlangen, 1779.

Dos pequeñas críticas de las observaciones médicas del Dr. Krebs, 1782.

Instrucciones para la curacion de las heridas antiguas y las úlceras pútridas, con un apéndice sobre el tratamiento el más conveniente para las fistulas, las caries y la hinchazon de los huesos, los cánceres, los sarcomas y la tisis pulmonar. Leipzig, 1786.

Del envenenamiento por el arsénico, su tratamiento y las relaciones judiciales. Leipzig, 1786.

Dificultades de preparar la sal mineral por la potasa y la sal de cocina, 1787.

Disertacion sobre el carbon de piedra, de las mejoras en que este mineral es susceptible, y su aplicacion al caldeo de los hornos. Dresde, 1787.

Influencia de algunas especies de gas en la fermentacion del vino, 1788.

Del modo de ensayar el vino por el hierro y el plomo, 1788.

Un medio muy poderoso para impedir la putrefaccion, 1788.

La bilis y los cálculos biliares, 1788.

Ensayos desgraciados de algunos descubrimientos modernos, 1789.

Carta á L. Grell sobre el espato pesado, 1789.

Descubrimiento de un nuevo elemento en las minas de plomo, 1789.

Algunas palabras sobre el principio astringente de las plantas, 1789.

Preparacion exacta del mercurio soluble, 1789.

Instruccion para los cirujanos sobre las enfermedades venéreas, con una nueva preparacion mercurial, 1789.

Exposicion completa de la manera de preparar el mercurio soluble, 1790.

Insolubilidad de algunos metales y de sus óxidos en el espíritu caústico de sal amoniaco, 1791.

Medio para prevenir la salivacion y los otros efectos perjudiciales del mercurio, 1791.

Disertación sobre los ensayos del vino, 1792.

La preparacion de la sal de Glauber, segun el método de Ballen, 1792.

El amigo de la salud, 1792; 2 vol.

Diccionario de Farmacia, 1793-95, 2 vol.

Algunas palabras sobre el ensayo de los vinos, etc. 1793.

Preparacion del amarillo de Cassel, 1793.

El ensayo del vino y un nuevo licor, 1794.

La satisfaccion de nuestras necesidades animales, 1795.

Sócrates, etc., discurso, 1795.

Una sala de niños, 1795.

La eleccion de un médico, 1795.

Manual para las madres, 1796.

Un nuevo método para encontrar las virtudes de los medicamentos, con una ojeada acerca de los principios seguidos hasta ese día, 1796. (En el diario de Hufeland.)

Los obstáculos á la certeza y á la simplicidad de la medicina práctica son invencibles? 1797. (En el mismo diario.)

Antídotos de algunas sustancias vegetales heroicas, 1798.

Una introduccion á la materia médica, ó coleccion de recetas escogidas, 1800.

Investigaciones sacadas de los elementos de medicina de Brown, 1801.

Ojeada retrospectiva acerca la urbanidad médica para con los comprofesores en el principio del nuevo siglo, 1801.

La fuerza de las pequeñas dosis de los medicamentos en general, y de la *Belladonna* en particular. Carta á Hufeland, 1801.

Curacion de la escarlatina. Gotha, 1801.

Pensamientos relativos á un medio recomendado contra la mordedura de los perros rabiosos, 1803.

El café y sus efectos. Leipzig, 1803.

Carta á Hufeland, 1803.

Esculapio en la balanza, 1805.

Fragmento de *viribus medicamentorum*, 1805, 2 vol.

Medicina de la esperiencia, Berlin, 1805.

Del valor de los sistemas médicos comparados en la práctica, 1808.

Instruccion de la fiebre reinante, 1809.

*Organon* de la medicina, 1810; 3 ediciones.

Disertatio histórico-médica del Helleborismo veterum, 1812.

*Materia médica pura*, 1811-21; 6, vol., 8 ediciones.

La alopatía, una palabra para advertir á los enfermos, 1811.

Espíritu de la medicina homeopática, 1813.

Manera de curar la fiebre nerviosa que reina actualmente, 1814.

Instruccion sobre la enfermedad venérea, y de su mal tratamiento actual, 1816.

Sobre la curacion de las quemaduras, 1816.

Indicacion de los principios de la materia médica ordinaria, 1817.

Acerca la inhumanidad con respecto á los suicidios, 1819.

De la preparacion y distribucion de los medicamentos por los médicos homeópatas (tres memorias en 1820.)

Consejo médico en la púrpura, 1821.

Aviso á los investigadores de la verdad, 1825.

El observador médico, 1825.

Como las dosis infinitesimales de los medicamentos, tales como la homeopatía los prescribe, pueden todavía tener fuerza, 1827.

De las enfermedades crónicas; su naturaleza y su curacion homeopática, 1820-38; 5 vol., 2 ediciones.

Además debe añadirse la traduccion al alemán de más de veinte obras francesas, inglesas, italianas, y la publicacion de un gran número de artículos en varios periódicos.—C. S.

#### UNA CURIOSIDAD DE LA ANTIGUA MEDICINA.—

Receta para la consuncion, copiada de un libro viejo titulado *The Pathway to Health*. (La senda de la salud), escrito por Peter Levens, Maestro de Artes en Oxford y estudiante de Medicina y Cirujía. Lóndres, 1664. «Tómese una marmita llena de agua y póngasela en el fuego y sobre ella una gran olla de barro dentro de la cual se echarán las siguientes substancias: Cójese un gallo y se le mata, luego se le despluma y se le corta en pedazos; entónces se toma una libra de dátiles, se les abre y quita el hueso y se les coloca en el fondo de la olla; encima de ellos un pedazo de gallo y sobre este otra capa de dátiles; luego se toman achicorias, escarolas y raiz de perejil y se colocan uno sobre otro y se acaba de llenar poniendo encima oro puro y algunas perlas. Entónces se tapa bien y se deja cocer por mucho tiempo y se guarda para cuando se sea muy necesario.» (*The homœopathic world*.)

**A TAL PADRE TAL HIJO.**—El joven Dr. Bernardo Arnulphy distinguido alumno de la facultad de París, ha abrazado las doctrinas de Hahnemann apenas ha concluido su carrera, y despues de asistir al congreso homeopático inglés celebrado en Liverpool, acerca del cual ha escrito una razonada memoria, va en este mismo invierno á dar conferencias públicas sobre la Homeopatía en el Ateneo de Niza. Este aventajado joven es hijo del ya conocido y acreditado Homeópata Doctor Pietro Arnulphy.

**LECHE DE PERRA.**—El Dr. Bernard dice que las mugeres de Montrun, en el Delfinado, tienen la costumbre de amamantar á sus hijos hasta dos años y medio ó tres, y que si este muere antes, adoptan otro ó toman un perrillo para continuar criándolo. Pues bien, todos estos perrillos padecen un raquitismo que se parece exactamente al de los niños, esceptuando que las deformidades no desaparecen jamás. No obstante, dichos perros siempre se curan si vuelven á alimentarse de la leche de su propia madre. Este hecho indujo al Dr. Bernard á experimentar la leche de perra para la curacion del raquitismo de una niña de veinte y seis meses. A los dos ó tres meses de este tratamiento las prominencias de las epífisis y las corbaduras de los huesos habian disminuido, los músculos eran más fuertes y la niña podía andar y sostenerse algo. A los diez meses la salud de la enfermita era excelente, y de la enfermedad solo quedaba una ligera corbadura del femur y del esternon. En seis otros casos este tratamiento produjo excelentes resultados, por cuyo motivo recomienda la adopcion de este tratamiento en semejante enfermedad.

(*Gazette Hebdomadaire*.)

BARCELONA:

Imp de Luis Tasso, hijo, calle del Arco del Teatro, núms. 21 y 23.